



MI INFORME SOBRE LOS RUSOS es el título de uno de los libros más interesantes de la actualidad. Su autor, William L. White, acompañó a Eric Johnston en su reciente viaje a Rusia, quien por su carácter de Presidente de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos, pudo visitar en condiciones excepcionales muchos centros industriales de la Unión Soviética. La obra de William L. White aparece resumida en la sección de libros de las Seleccionaciones del Reader's Digest, Abril de 1945.

Recomendamos su lectura a los interesados por una información sincera sobre la realidad soviética.

Por su enorme actualidad en Venezuela queremos recoger aquí algunos detalles de los electores sobre todo para los obreros y los periodistas.

Libertad de Prensa

"Esta noche asistimos a un gran banquete en honor de Eric. El anfitrión es Popkov, de Stalingrado, que es el brazo derecho de Stalin en la organización del partido comunista en esta región.

Popkov nos manifiesta que la cosa más desconcertante y para él menos inteligible de los Estados Unidos es la siguiente: Estamos en guerra hombro con hombro contra un enemigo común; sin embargo, se permite la existencia de una prensa fascista en los Estados Unidos. De que es fascista no cabe duda, puesto que critica a Rusia con frecuencia. ¿Cómo pueden permitir en los Estados Unidos que Rusia y su jefe sean objeto de críticas?

Contesto que tal vez pueda yo aclarar el punto, porque no soy hombre de negocios, sino director de un periódico, y, por consiguiente me es permitido hablar como tal. Los Estados Unidos son un pueblo libre, en el cual hay, naturalmente, una prensa que también es libre. Si bien es cierto que la mayoría de los norteamericanos están a favor del Presidente de los Estados Unidos y

son amigos de Rusia, no lo es menos que todos combatirían a quien pretendiese imponer silencio a quienes lo critican. Porque un pueblo donde la crítica está amordazada, deja de ser un pueblo libre. Este derecho a la crítica, concluyo, es la libertad más preciosa por la que estamos combatiendo en esta guerra.

Cuando termino de hablar ocurre algo curioso. Algunos de los secuaces de Popkov, que se sientan a la mesa, son hombres de otro tiempo que fluctúan entre los cincuenta y los sesenta años. Me sorprende ver que sonríen y esbozan movimientos de aprobación. Uno, que tal vez desea aplaudir, pero mira a Popkov, que no aplaude.

Interviene Joyce para decir que en un país libre se critica siempre a los amigos. Los norteamericanos han estado apoyando, y criticando a los ingleses desde que empezó la guerra en 1939. No acertarían a ver por qué no han de hacer otro tanto con Rusia.

En este momento se incorpora Eric, empieza a hablar, y lo concilia todo. La libertad de prensa, Rusia, Inglaterra, hasta el mismo Popkov— el cual aunque un tanto alarmado al principio por la discusión, acaba por decir que esa libertad de crítica es muy interesante, y añade que espera no tomemos a mal que él haya hecho uso de esa misma libertad para criticar a los Estados Unidos.

Le contesto que no obligue ningún temor en cuanto a esto, que en los Estados Unidos se disfruta de gran libertad en ese campo; y que si algún día va el señor Popkov a conocerlos, verá cómo puede criticar libremente al jefe del gobierno, y a todo lo que le parezca criticable."

Censura Política

"Tiene Rusia la censura política más rígida del mundo civilizado. Mi primer tropiezo con el censor lo motivó un artículo

sobre mi viaje a Leningrado que contenía la siguiente frase: "Los finlandeses lucharon tesoneramente por Viipuri, **que hasta 1939 fué la segunda ciudad de Finlandia**". El censor tachó las palabras en negrito, a pesar de no contener información militar, ni cosa que no aparezca impresa en cualquier texto de geografía para uso de escuelas primarias.

Desde luego, la censura intercepta todo aquello que pueda producir impresión desfavorable en el extranjero sobre las condiciones de la vida en Rusia. El corresponsal no puede, por ejemplo, detallar la cuantía de la ración mensual de pan o carne asignada a cada ciudadano, ni puede decir que las clases favorecidas obtienen raciones especiales.

También le está vedado contar que, fuera de los estrechos límites del racionamiento, los precios a que pueden comprarse en el mercado libre algunas cosas estrictamente necesarias han llegado a extremos de carestía que ni siquiera en sueños podrían alcanzar en las bolsas negras de los Estados Unidos.

De igual modo las autoridades ocultan el número exacto de los cientos de miles que murieron de hambre en Leningrado durante el sitio. A esta reserva se debe el escaso conocimiento que tiene el mundo de los sacrificios hechos por el pueblo ruso.

Ocurre a veces que un empleadillo de la censura tache párrafos enteros de artículos escritos por expertos corresponsales, alegando que los encuentra "sin interés" o los considera "sin importancia".

Aun cuando se da el caso de corresponsales que nunca consiguen visitar el frente, algunas veces los llevan en grupo a una de las ciudades recién libertadas o a cuarteles generales de la retaguardia. En estas excursiones van escoltados por un censor que tiene, entre otros deberes, el de comprobar todo lo que pasa. Si al censor se le pasa por alto ver u decir algo de lo que ocurra durante el viaje, no se permite a los periodistas que lo cuenten. LA COSA NO HA OCURRIDO".

Sindicatos Obreros

"Eric Johnston ha preguntado si podríamos hablar con los jefes del movimiento obrero soviético. Johnston conoce personalmente a los principales dirigentes de los trabajadores norteamericanos, se entiende bien con los sindicatos en sus fábricas de Washington, y

siente la misma curiosidad que yo por ser hasta qué punto es libre el trabajo en Rusia.

Conversamos con cuatro dirigentes. El principal de ellos es un hombre de cuarenta y tres años, muy inteligente, llamado Kuznetsov. En la entrevista que tuvimos con él se mostró extremadamente habil. Había vivido en los Estados donde obtuvo el título de maestro metalúrgico en el Instituto Carnegie de Tecnología.

De acuerdo con la descripción que nos hizo, la organización del trabajo en Rusia viene a ser la siguiente. Todos los sindicatos obreros del Soviet, que representan a unos veintidós millones de trabajadores, envían delegados al congreso general de sindicatos. Este congreso elige a 55 de sus miembros para formar lo que llaman el "pleno". Los 55 eligen a 18 de sus miembros para formar lo que llaman el "presidio". Estos 18 habían elegido secretario a Kuznetsov, convirtiéndolo así en el jefe de los trabajadores.

Le preguntamos si todos los obreros están afiliados a los sindicatos y nos contó que, cuando menos, el 98 o 99 por ciento lo estaban. La cuota es el 1 por ciento del salario. No hay cuota de entrada.

—¿Quiere usted decirnos si se trata de una organización obrera libre o si está dirigida por el gobierno?— preguntamos a Kuznetsov.

Nos aseguró que era perfectamente libre, y agregó, como detalle sin importancia, que los delegados al congreso general debían ser, naturalmente, personas que merecieran la aprobación del gobierno.

—¿Es usted miembro del partido comunista?— tornamos a preguntarle, cambiando de táctica.

Nos contestó que lo era y asintió con la cabeza al preguntarle si los otros directores pertenecían asimismo al partido.

Como los directores de las fábricas son también comunistas y como el partido somete a la más estricta disciplina tanto a obreros como a directores, pensé que les quedaba poco margen para discusiones y pregunté:

¿Discuten la remuneración?

—Sí, particularmente la del trabajo a destajo. El comité de ajuste discute los tipos de pagas con la dirección.

¿Qué ocurre cuando no llegan a un acuerdo?

Explicó que prácticamente hablando, siem pre llegaban a entenderse; pero que, en caso contrario, se podía apelar al presidio que sometía la diferencia al vicecomisario encargado de la industria en cuestión".